



DESGRACIAS DE UNOS NIÑOS EN UN HORNO

*ocurridas en las inmediaciones de Osuna, pueblo de Andalucía,
el 28 de Enero de 1901, con todos los sangrientos
detalles que verá el curioso lector*

Santa Lucía bendita
alumbre mi entendimiento
prestando luz á mis ojos
mis lágrimas conteniendo,
para poder detallar
el lamentable suceso,
que á las piedras entenece
por lo terrible y sangriento.

Ni en historias ni en novelas
ni en criminales procesos,
ni en los diez y nueve siglos
que el sol brilla en este suelo,
se ha conocido ni ha visto
un triste acontecimiento
que se parezca al que ahora
á relataros comienzo.

Camino de Andalucía
inmediaciones al pueblo
de Osuna, tuvo lugar
lo que os iré diciendo.

En uno de los cortijos
en la carretera puestos
donde solían vender
pan y vino á los arrieros,
vivían honradamente
el labrador Juan Moreno;

y su mujer Petra López
que era de virtud modelo.

Dos hijos de corta edad
y una niña de pecho,
tenían, y los amaban
con idolatrable exceso.

Por la mañana temprano
salió el marido contento,
con la manta y la escopeta
á casa de un compañero.

Luis García que habitaba
en otro cortijo viejo,
que no distaba del suyo
más que medio kilómetro

Iban á hacer la matanza
aquel día de dos cerdos,
para asegurar del año
el necesario alimento.

Los dos niños sin ser vistos
detrás del padre salieron,
el uno de cinco años
el otro de ocho y medio.

¡Lo que son las criaturas
y los aciagos momentos!
fíjense con gran cuidado
en lo que vamos diciendo.

Cuando estaban ocupados
de la res en el degüello,
en el cortijo de Luis
entraron los dos pequeños.

Un momento solamente
los chicos allí estuvieron,
reparando atentamente
en lo que estaban haciendo.

Su padre al verlos allí
les dijo: á casa ligeros,
que está vuestra madre sola
y puede enfadarse luego.

Los chicos muy obedientes
á su cortijo se fueron,
más iban por el camino
de esta manera diciendo:

«Cuando lleguemos á casa
verás que bien jugaremos,
vamos á pasar el día
divertidos y risueños.

¡Pobrecitos de mi alma
qué caro les salió el juego,
en vez de risa y placer
luto y lágrimas tuvieron!

Entraron en la cocina
dieron á su madre un beso,
que estaba amasando el pan
para dar á sus hijuelos.

Se marcharon á la sala
junto á la niña de pecho,
tranquila estaba en la cuna
el angelito durmiendo.

El mayor de los hermanos
desgraciado pensamiento!
le dijo al otro: ¿tú quieres
que á la matanza juguemos?

Si, le contestó enseguida.
—Mira, nosotros seremos
padre y su amigo, y la niña
la res que sangre la hicieron.

La navaja de afeitar
que está aquí junto al espejo,
será el cuchillo que padre
tonía para este objeto.

Los dos inocentes niños
la cortante arma cogieron
sin saber lo peligrosa
que era aquella por su acero.

Y mientras el mayorcito
sin interrumpir su sueño,
á la niña sujetaba
imitando lo que vieron.

Con la navaja en la mano
estaba haciendo el pequeño,
como que la degollaba
pero con el filo vuelto.

Más ¡oh terrible destino!
¡imprevisto contratiempo!
El infeliz empujó

se cayó la cuna al suelo,
y encima de la inocente
su hermano sin precaverlo.

La navaja se clavó
en el bracito derecho
de la degradingada niña
ensangrentando su lecho.

La criatura llorando
se despertó en el momento;
á los gritos acudió
la madre y al ver aquello
quiso á los chicos pegar
que se marcharon huyendo:

¡Aquí empieza lo más triste
lo más aciago y cruento!
mientras la madre le daba
á la pobre niña el pecho
y le vendaba la herida
que fué muy leve por cierto

Los chicos dentro del horno,
aturdidos se metieron,
que estaba ya con la leña
preparada para luego.

Tranquilizada la niña
volvió á quedarse durmiendo;
y la madre sosegada
siguió sus faenas de nuevo.

Infeliz y pobre madre
no sabía el sentimiento
que había de recibir
dentro de breves momentos!

Concluida su tarea
los panes dejó dispuestos,
para ya cocer la masa
¡quién se pierde mi aliento!

¡Aquí se atranca mi pluma!
porque al pensar me extremezco,
se paraliza mi sangre
y llanto adigido vierto.

Ella misma saber
que estaban ocultos dentro
los hijos de sus entrañas
á la leña prendió fuego.

La horrible llama bien pronto
iluminó el aposento,
y las voces de los niños
pidiendo ¡favor! se oyeron
diciendo: ¡Misericordia!
¡Madre mía que me enciendo!
perdona si te ofendimos
y sácanos de este infierno.

La madre como leona,
á quien roban sus hijuelos,
se lanzó fuera de sí
pidiendo fuerzas al cielo.

Empezó á quitar la leña
del horno que estaba ardiendo
mientras de oír no cesaba
los dolorosos lamentos.

La madre sobre las llamas haciendo grandes esfuerzos, más al fin las criaturas abrasadas perecieron; inútil fué por desgracia todo lo que había hecho para salvar á los hijos y lo que seguía haciendo.

Hasta que al fin, acosada por el rojizo elemento, empezaron sus vestidos á arder con rápido vuelo.

Al camino dando voces salió la infeliz corriendo, y con el aire que hacía más se acrecentaba el fuego.

A la puerta del cortijo estaba favor pidiendo á tiempo que por allí pasó á caballo un viajero.

Era don Pedro González, cordobés, joven, esbelto, al ver pedir socorro, de aquella manera ardiendo, se apeó de su caballo y abrazándose á su cuerpo con la manta que llevaba sofocar quiso el incendio.

Más ¡oh destino que marca del hombre el día postrero!

El marido que volvía á su casa al mismo tiempo, al ver en brazos del joven á su mujer sin aliento, amartilla la escopeta cosa distinta creyendo y diciendo: ¡Dios te valga! de un tiro le dejó muerto.

La mujer al estampido con entrecortado acento le dice á voces llorando ¿marido mío qué has echo? esto sólo nos faltaba para mayor desconsuelo.

¿Pero qué es lo que ha pasado que de ese modo te veo? No me ocultes nada dime.

La mujer contó á su esposo lo que referido llevo, y el uno al otro abrazados confundían sus lamentos.

¡Hijos de mi corazón qué desgraciados nacieron! ¿Por qué los mandé venir? yo tengo la culpa de esto.

Así decía aquel pobre amargo llanto vertiendo, mientras la esposa afligida cayó desmayada al suelo.

La enfermedad de la madre se aumentaba con el peso de las desgracias sufridas que tan lamentables fueron.

Tan pronto como la pobre recobró el conocimiento y volvió de su letargo que fué terrible por cierto.

En la cama se acostó á su marido diciendo: dame ese ángel de bondad que en la cama está despierto.

¡El único que nos queda! morir á su lado quiero, y llorando la infeliz daba á la niña mil besos.

El marido en un rincón disimulando su duelo, sobre una silla sentado llorando estaba en silencio.

Mientras en la carretera estaba el viajero muerto, y la gente que pasaba hacia coro por verlo; unos y otros se decían:

¿qué habrá pasado? ¿qué es esto? ¿lo habrán querido robar y lo han matado por eso?

El que habita en el cortijo debe saber algo de ello, aunque el culpable no sea porque es un bello sujeto.

Pasó la Guardia Civil á los muy pocos momentos, y como era natural al cortijo entraron luego.

Golpean con los fusiles ¡Ah de la casa! dijeron abra en nombre de la ley á la fuerza armada el dueño.

Al oír la voz aquella el padre de angustia lleno, sólo pudo decir voy; con desfallecido acento; presumía que venían para llevárselo preso, quiso andar y desmayado cayó sobre el pavimento.

La pareja al ver que nadie salió á abrir, dijo de nuevo: ¡Ah del cortijo! ¡Patrón!

abra la puerta corriendo ó á fuerza de culatazos: la vamos á echar al suelo.

Como nadie respondía y todo era allí misterio buscaron cuatro testigos de los que se reunieron y la puerta derribaron

delante de todos ellos.

Los paisanos y los guardias entraron en el aposento, y con un gran accidente luchando al infeliz vieron.

Tan pronto como volvió de su frenético acceso, fijó la vista en los guardias y dijo temblando al verlos:

«Sé que me buscan á mí por lo tanto me doy preso, yo sólo soy el culpable el que he matado al viajero.

Pero no con mala idea por un atolondramiento, y entonces refirió á todos las consecuencias del hecho.

Tan sólo quiero de ustedes si son padres, como creo, que avisen á mi familia que está en el vecino pueblo para que venga mi hermana y á mi esposa preste aliento pues esta separación la llevará al cementerio».

Inmediatamente uno se prestó y aviso dieron.

Cuando la hermana venía salía el pobre Moreno y abrazándose la dijo:

—«Ahí á mi esposa te dejo, cuidamela hermana mía hasta el último momento».

«Y si acaso Dios dispone de su vida, como espero, no abandones á mi niña á ese angelito del cielo.

Ella te dirá las penas amargas que estoy sufriendo ¡adiós, que ¡por asesino hermana me llevan preso!

Pálida como la cera quedó su hermana al ver esto

y dándole un fuerte abrazo entró al cortijo corriendo.

—«Adiós casa de mis hijos que yo gané con mis remos, donde al hogar por las noches arrullaba en el invierno!

¡Adiós casa donde yo partía el pan y el sustento, entre mis pobres hijitos que abrasados sucumbieron.

Ya no te volverá á ver que me voy, pero no vuelvo, que me quitarán la vida las penas que encima llevo.

Vamos, dijeron los guardias tenga usted valor y genio, que es tarde para nosotros y aguarda más no podemos,

Después de muchos suspiros y de adioses lastimeros, entre bayonetas iba como un malhechor perverso, aquel padre desgraciado ante el alcalde del pueblo.

La madre á los pocos días agonizaba en su lecho.

El padre desventurado medio loco y sin consuelo, en la cárcel espiró de pena y de sentimiento.

La niña huérfana fué recogida con gran celo, por la hermana de su padre tía de aquel ángel bello.

¡Padres los que tenéis hijos sirváos esto de ejemplo: mirad lo que hacéis delante de vuestros hijos pequeños que la tendencia del hombre desde los años más tiernos es copiar todo lo malo olvidando lo que es bueno!

FIN